

---

## RELATO DE FABIÁN SEVERO

### Presentación

Para este monográfico contamos con la participación del escritor uruguayo Fabián Severo, quien nos brindó un texto que refleja la experiencia de muchos fronterizos en el contexto de la frontera Uruguay – Brasil. Su obra es referencia para distintos estudios sobre el portuñol, fenómeno lingüístico característico de las regiones fronterizas nacionales.

Como profesor de Literatura y escritor, Severo es una de las voces de promoción del portuñol no sólo como parte del repertorio lingüístico fronterizo, sino también como lengua literaria, al igual que Douglas Diegues y su portuñol salvaje, objeto de estudio en uno de los artículos de este volumen (Matesanz del Barrio, 2023).

Finalmente, el relato literario presentado por el autor proporciona un preámbulo a las discusiones relevantes propuestas por Sturza y Bratz (2023) y Matesanz del Barrio (2023) en este dossier acerca del portuñol en la frontera.

### El autor

**Fabián Severo** es docente de Literatura, coordinador de talleres de escritura y autor de los libros *Noite nu Norte. Poemas en Portuñol* (2010; Mención de Honor en el Premio Nacional de Literatura / MEC, 2012.), *Viento de nadie* (2013), *NósOtros* (2014), *Viralata* (2015), distinguida en 2017 con el Premio Nacional de Literatura / MEC, *Sepultura* (2020) y *Abecedario poético + gráfico*, junto a Alejandro Sequeira (2023).

Parte de su obra ha sido publicada en Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Argentina, España y Estados Unidos. En 2010 recibió el Premio Morosoli en la categoría Poesía.



En 2012 obtuvo la beca “Justino Zavala Muniz”, otorgada por el Ministerio de Educación y Cultura. En 2017 ganó el Premio Nacional de Literatura.



Figura 1: Imagen cedida por el escritor

## CONTRABANDISTA DE PALAVRA

Fabián Severo

Enllegando en la frontera de Uruguay con Brasil, el milico me hizo seña. Frené mi bicicleta. De la garita salió el aduanero. Venía se arreglando la camisa blanca, como si arrecién tuviese salido del baño. La barriga de estar siempre llena, de estirar la tela, de estrangular los botón.

—¿Qué llevás ahí?

—Nada, señor. Mi cuaderno.

—¿Y qué hay adentro?

Por mi costado, me haciendo unos finito, pasaban las camioneta tocando bocina. El aduanero amostraba los diente, levantaba la mano. Alegría de saludar los estanciero que ían y venían entre los dos país.



—Dale, piche, que no tengo todo el día. ¿Qué tenés adentro de ese cuaderno?

—Solo unas palabra. Nada más.

—A ver, abrí.

En la garita se veía un escritorio con un pizarrón negro atrás. Con tiza tenía escrito la fecha. Arriba del escritorio, una montaña de cuaderno.

El milico prendió un cigarro. Fumaba arrecostado en la pared, los ojo curuyento arriba mío.

El aduanero agarró el cuaderno. Fue pasando las hoja. Mirada de revisación.

—¿De quién son esas palabra? ¿De dónde sacaste ellas?

—Mías... de mi casa... me las dio mi madre.

—¿Te parece bonito andar escribiendo así?

El aduanero miró al milico, le hizo seña para que le alcanzara una lapicera roja. El aduanero empezó a encerrar las palabra. Siempre sacudiendo la cabeza.

—¿Vos te pensás que yo toy de adorno acá? ¿Te crees que vas pasar esas palabra por enfrente de mis nariz? ¡Bichicome, yo te voy enseñar a escribir!

Yo seguía con la cabeza para abajo. Mirada de no tener nunca razón. Mi madre sempre me decía: *Fabi, mientras vos agaches la cabeza, yo tengo un hijo vivo.*

La frontera es tierra de nadies. Donde cualquier esquina es un puñado de bala. Donde un granfino puede hacer que uno se pudra atrás das reja. Frontera es donde el pobre ya nace disparando. Y donde los milico se arrodillan atrás de los apellido del centro, atando sus cordón. Frontera es onde uno entra en el queco y encuentra el intendente con una gurisita en la falda, y en la otra mesa, un diputado sobando las nalga de una abuela.

El aduanero amostró mi cuaderno para el milico que sacudió la cabeza como diciendo que no podía acreditar.

—Para qué uno pasa la vida fiscalizando, si estes fedorento no aprenden nada. Por iso, este país istá como está. Bajate de la bicicleta.

Me bajé. Me hicieron abrir el cuaderno y apoyarlo en la pared.

—¿Eso qué es?

—Mis plural.

—Hablá bien si no querés que te arranque eses poco diente podre que te quedan.

El milico tiró el pucho, lo pisó con sus bota negra y prendió otro cigarro. Dijo como pensando en voz alta, como para nadies, como para el aire de la frontera: *Por culpa de estes besta, en Montivideo dicen que nós falemo mal. Habría que cagarlo bien a palo, enderezarle la lengua a garrotazo.*



Los auto seguían yendo y viniendo. En eso, despacito, como frenando, pasó un camión con un toldo negro. Los vidrio oscuro de no saber qué hay adentro. El aduanero ni levantó los ojo de mi cuaderno, como si aquel camión nunca tuviese existido.

—Voy te enseñar hablar como en Rocha. Allá sí que hablan bien. Anotá ahí.

El aduanero, las dos mano atrás de la espalda, empezó a me ditar: *Tengo que aprender a escribir...* Allá en el fondo, el escritorio, el pizarrón...

Yo hacía fuerza para que la letra me saliera prolija. Caprichaba en las vueltita de la e.

—Ahora, vas en tu casa y repetís esa oración cien vez en tu cuaderno. Mañana venís que voy te corregir. Hoy te dejo entrar, pero si te encuentro de nuevo con las palabra retorcida, no vas pasar. Quedás afuera para siempre. ¿Entendiste, bagayo?

Yo dije que sí con la cabeza. Cerré el cuaderno. Metí adentro de mi bolsa. Con mis ojo en los pie, empecé pedaliar para hacer la subida de la fuente. El viento mormasiento de la frontera me dando en la cara, y yo pensando cómo decir para mi madre que ya no puedo andar más con sus palabra, que tengo que conseguir otras, destorcidas, dismanchadas... que si me agarran otra vez, no voy poder desandar el camino para casa. Mientras, seguía pedaliando, la mano izquierda bien apretada, llegaba sudar, para que la bolsita con mi cuaderno no resbalara y cayera en el balastro.

**Fabián Severo**

